

# Revista del Archivo y de la Biblioteca Nacional

DE HONDURAS

---

Director - Licdo. ESTEBAN GUARDIOLA

---

---

TOMO II

Tegucigalpa: 10 de Julio de 1906

NUM. 17

---

---

## HOMENAJE

---

El Doctor don Ramón Rosa nació en esta heroica ciudad de Tegucigalpa el 14 de julio de 1848.

Para conmemorar esa fausta fecha y como un debido homenaje á sus indiscutibles méritos, consagramos el presente número de esta revista á su querida y por siempre venerada memoria.

Hombre verdaderamente extraordinario, sobresalió entre sus compatriotas y constituye una de las más legítimas glorias nacionales de que podemos envanecernos.

Cerebro luminoso y robusto, sus ideas y pensamientos irradian en sus numerosas obras literarias, donde campean las atrevidas creaciones de su imaginación brillante y los delicados y exquisitos sentimientos de su corazón apasionado por todo lo que es noble y generoso. Su alma de poeta se revela claramente en sus lindas prosas llenas de un arrobador y sin igual lirismo. Es el Pontífice Máximo de la Literatura Hondureña.

Eminente patriota, distinguido político, hábil y sagaz estadista y orador insigne, sobresalió en las varias es-

feras en que se mueven la humana actividad y la humana inteligencia.

Unionista de corazón, amó la soleada y fecunda tierra donde habita la familia centroamericana; pero amó también con entrañable amor el nativo terruño, y, más que todo, á esta querida y bella Tegucigalpa, que él llamó en sus transportes de cariño “nido de águilas, nido de genios y talentos.”

Por tantos y tan grandes motivos y tamaños merecimientos, vaya hasta él, con el homenaje de nuestra admiración, el sincero tributo de nuestro afecto.

¡Qué su genio esclarecido y excelso brille siempre con inmortales y deslumbrantes resplandores: qué las vírgenes tegucigalpenses le ofrenden con efusión las mejores rosas y violetas de sus jardines: qué las frescas y balsámicas brisas del Cerro de Hule y de El Picacho oreen suavemente su sepulcro; y qué El Guacerique, *el patrio río*, con los murmullos de sus linfas cristalinas, arrulle con amor su sueño eterno!.....

---

## EN HONOR DEL DOCTOR ROSA

---

Secretaría de Estado en el Despacho de la Guerra

Tegucigalpa, mayo 29 de 1893.

Habiendo fallecido el señor Doctor don Ramón Rosa, ciudadano ilustre y distinguido; y considerando que por los grandes é importantes servicios que durante su vida pública ha prestado á la nación, es un deber del Gobierno y de la Patria rendir á su memoria los homenajes y honores debidos á sus relevantes méritos, el Presidente de la República

ACUERDA:

- 1º—Declarar al Doctor don Ramón Rosa, Benemérito de la Patria.
  - 2º—Declarar su fallecimiento de duelo nacional, ordenando que los empleados públicos y alumnos de los establecimientos de enseñanza lo guarden por tres días; y
  - 3º—Hacer en la procesión fúnebre y en el acto de su inhumación los honores de General de División, para lo cual se darán las órdenes correspondientes —Comuníquese y publíquese.
- Rubricado por el señor Presidente.

AGÜERO.

---

---

## Poder Legislativo

---

### Actas de las sesiones del Congreso

---

Sesión del cuatro de octubre de mil ochocientos noventa y tres, celebrada con asistencia de los Representantes siguientes:

Presidente, Williams; Diputados, Agüero, Alvarado Guerrero, Bendaña, Cabrera (don Anastasio), Cabrera (don Juan), Castillo, Córdova, Ferrera Vargas, Flores, González, López, Maradiaga, Mejía, Matute, Orellana, Pineda (don Anselmo), Quirós, Sánchez, Trejo, Vásquez, Zelaya, Zelaya Vijil, Zúniga y los Secretarios Soto y Barahona.

Se dió cuenta con la proposición de un proyecto de decreto, presentado por los Diputados Bendaña, Castillo, Flores, Matute, Cabrera (don Juan) y Soto, con el objeto de que se mande erigir una estatua en esta ciudad al ilustre hondureño Doctor don RAMÓN ROSA; y otra, en la ciudad de Comayagna, al Benemérito Patriota don León Alvarado; y se acordó pasarla á la Comisión de los Diputados Zúniga y Maradiaga.

Se suspendió la sesión.

Reanudada, se puso en conocimiento de la Cámara el dictamen de los Representantes Maradiaga y Zúniga, emitido sobre el proyec-

to de ley referente á que se erijan estatuas al Doctor RAMÓN ROSA y á León Alvarado, en atención á los importantes servicios que han prestado á la Patria

Puestos á discusión dictamen y proyecto, el Representante Bendaña mocionó para que se declare de carácter urgente la resolución que debe recaer sobre el enunciado proyecto y para que éste se discuta en un solo debate. Tomada en consideración, se aceptó por la Cámara, y acto seguido, se abrió el nuevo debate sobre el proyecto y dictamen, habiéndose aprobado sin discusión el referido proyecto con la adición propuesta por los miembros de la Comisión.

Se levantó la sesión.

V. WILLIAMS,  
D. P.

JOAQUÍN SOTO,  
D. S.

SOTERO BARAHONA,  
D. S.

---

## El Presidente de la República de Honduras,

A sus habitantes, sabed:

Que el Congreso Nacional ha ordenado lo siguiente:

DECRETO NUM. 82

EL CONGRESO NACIONAL,

Considerando: que es un deber de la Nación inmortalizar la memoria de sus benefactores, erigiendo en honor de ellos monumentos que los perpetúen y que hagan pasar su nombre á las futuras generaciones;

Considerando: que el ilustre Doctor RAMÓN ROSA y el Benemérito patriota León Alvarado, prestaron importantes servicios al país, y que por lo mismo son acreedores á la gratitud del pueblo hondureño, por tanto

DECRETA:

Artículo 1º — Se erigirá en esta capital, en el lugar que destine el Poder Ejecutivo, una estatua de bronce de seis pies de altura, representando al insigne literato Doctor don RAMÓN ROSA.

Art. 2º.—Se levantará otra estatua, de las mismas condiciones, en la plaza principal de la ciudad de Comayagua, representando al Benemérito patriota León Alvarado.

Art. 3º.—Las estatuas estarán de pie sobre un pedestal de granito. En el frente de cada pedestal se grabará, respectivamente esta inscripción: “Al ilustre hondureño Doctor RAMÓN ROSA.—La Patria.” “Al Benemérito Patriota León Alvarado.—La Patria;” y en la parte posterior el presente decreto.

Art. 4º.—El Poder Ejecutivo dispondrá lo conveniente sobre la ejecución del presente decreto y determinará el tiempo y la forma en que se han de inaugurar las dos estatuas.

Dado en Tegucigalpa, á los cuatro días del mes de octubre de mil ochocientos noventa y tres.

V. WILLIAMS,  
D. P.

Joaquín Soro,  
D. S.

LUIS A. CASTILLO,  
D. V. S.

Al Poder Ejecutivo.

Por tanto: EJECUTESE.

Tegucigalpa: 9 de octubre de 1893:

D. VASQUEZ.

Por el Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación, el Oficial Mayor,

GUILLERMO ALVARADO.

Y por disposición del señor Presidente, publíquese y cúmplase.

GUILLERMO ALVARADO.

---

## El día de ayer

---

Día triste, y muy triste. Mañana de primavera, tarde de invierno.

Las campanas tocando á muerto. El sol radiante al principio, ocultóse en seguida tras las nubes que vagaban en el espacio; miste-

riosa alegría que representaba el doloroso acontecimiento que ha sumido á Honduras en desconsuelo profundo.

RAMÓN ROSA, el eminente literato cuyo poderoso genio dió á Honduras tanta gloria, había muerto. El cielo de la patria se había oscurecido y una tumba se abría para recibir los restos mortales del más grande de los hondureños contemporáneos.

Por eso las campanas tocaban á muerto y los habitantes de la capital, con el dolor pintado en el semblante, recorrían las calles, mientras que la casa del ilustre difunto se llenaba de gente conternada, que acudía presurosa á la infausta noticia de su muerte.

El Gobierno declaró de duelo nacional el fallecimiento del Doctor Rosa, y el pabellón nacional enlutado, permaneció izado á media asta todo el día.

Comenzaron á circular las tarjetas de invitación.

A las cuatro de la tarde se congregaba frente á la casa mortuoria lo más granado de la sociedad tegucigalpense, para tributar al esclarecido hondureño el último y doloroso homenaje de su admiración.

Salió el féretro, y la fúnebre comitiva desfiló al compás de una marcha funeraria ejecutada por la Banda Marcial. Seguían los restos del vencedor en la tribuna y en la prensa, quinientos vencedores en los campos de batalla; *defensores de la autonomía nacional y del reposo de los pueblos*.

Llegada al Cementerio General la comitiva y depositado el féretro al borde de la tumba, en que se hundiría para siempre, el Licenciado Carlos C. Bnstillo pronunció un corto discurso lamentando la muerte del GRAN HOMBRE y encomiando sus méritos sobresalientes; el Licenciado don Rómulo Durón hizo uso de la palabra y leyó con voz ahogada por el dolor, un sentido discurso que fué del agrado general; el Doctor Carlos A. Uclés dió lectura también á un corto pero bien escrito discurso, en honra del difunto bienhechor de la juventud hondureña, y por último, el joven Froilán Turcios leyó una bonita composición poética.

La columna de vencedores que hacía los honores al ilustre finado, hizo tres descargas.

La comitiva regresó bajo una fuerte lluvia.

Así pasó el día de ayer, triste, tristísimo. La patria ha perdido su gloria: la república su defensor.

Hondureños: Lloremos sobre la tumba de ese hombre, y honremos su memoria.

[“Diario de Honduras” del 30 de mayo de 1893, dirigido por el Doctor don Alberto Zániga].

## DISCURSO

pronunciado por el señor Doctor don Carlos A. Uclés ante el cadáver  
del Doctor don Ramón Rosa

---

SEÑORES:

Ramón Rosa ha muerto, pero ha muerto inmortal. Qué doblen las campanas, y que el cañón truene, como en duelos de la Patria. Ya no volveremos á ver al gran Ministro que organizó la pequeña República. ¡Ay de mí! Ayer perdí al hermano querido, que hizo el bien, y hoy á este otro hermano, que alcanzó gloria. Aquella desproporción entre el ideal y la realidad, le mató en plena vida. Y las ciencias, y la política, y las letras visten por él de luto, en la América Central, desde el Atilán hasta el Irazú.

Mientras en Centro-América brille la instrucción pública, y la hacienda prospere, y el fomento signifique adelanto, y la justicia dicte leyes, y el gobierno sea administración, y la guerra tenga ejército, y las relaciones exteriores sirvan á la unión y á la paz, el estadista hondureño será siempre recordado. Y mientras la historia enseñe, y la literatura deleite, y la oratoria conmueva, y cante la poesía; mientras el castellano idioma se hable, allí donde el aire da quetzales, aquí donde la tierra produce oro, allá donde el Nicoya cria perlas, el literato tegucigalpense no será olvidado jamás.

Rosa era un talento genial, que todo lo sintió, y todo lo pensó, y todo lo expresó, con dulce sentimiento, idea altiva y forma bella. Su nombre está unido al nombre de Guatemala y Honduras regeneradas. Jurisconsulto y político, literato y filósofo, era una síntesis suprema. Nacionalista y autonomista, quería la Nación grande, una é indivisible. Liberal por principios, dictó la fórmula anti-radical del progreso, pues la naturaleza no da saltos. Romántico primero, fué clásico después, y realista. Libre-pensador y antijesuita, fué también religioso y casi místico. Especie de Voltaire y de San Juan, su obra literaria es una gran obra de arte.

Señores: Sobre la tumba del noble amigo, del escritor insigne, que se apagó como una estrella de primera magnitud, depositemos coronas de siemprevivas. Su madre, y su esposa, y sus hijos vendrán á recogerlas con mano piadosa, como prez de familia. Se ha ido, y no tornará más entre nosotros. Rosa se queda en buena compañía, con Valle y con Marrero, con Batres y con Reyes. Se queda allá en el mundo del sueño eterno, á la sombra de la cruz, bajo un

rayo del infinito Sol. Qué toquen las bandas fúnebres y que icen las banderas, que doblen las campanas y que truene el cañón, como en los duelos de la Patria, porque ha muerto inmortal.

---

## DUELO

---

Irreparable pérdida para las Naciones es la muerte de sus grandes hombres. Apóstoles de la idea, y heraldos avanzados del progreso, ejercen en la tierra un ministerio altísimo. Sus grandes y fecundas concepciones, su laboriosidad sin término, sus continuadas vigiliass, son como el punto de partida de todos los adelantos que van acercando á la humanidad hacia las cimas luminosas de la perfección. Tales hombres, que dejan á su paso un reguero de luz inextinguible, más que seres de nuestra especie, parecen divinidades que, abandonando por un momento sus olímpicas mansiones, descienden á la tierra á sostener lucha titánica en pro de la completa redención humana. Por eso cuando exhalan su postrer suspiro, todos los pueblos de la tierra tienen un prolongado lamento de dolor para deplorar su ausencia del teatro que fuera un día testigo de sus nobles triunfos; y prorrumpe la poesía en elegías tristísimas, y vibra la elocuencia con acentos desgarradores, y se enlutan las ciencias y las letras; y las naciones, consternadas, parecen haber perdido una parte de su propia vida, al perder el calor vivificante de su genio inmortal!

Con justicia, Honduras está hoy de duelo —y con ella las Naciones hispano-americanas,—por el fallecimiento de uno de los hombres que más gloria y lustre le han dado en el campo de la política y de las letras.

Joven aún, el Doctor don Ramón Rosa ha desaparecido del mundo de los vivos para ir á habitar perdurablemente en el templo de la inmortalidad y de la gloria, en donde sólo es dable tomar asiento á los verdaderos genios:

Vacío imposible de llenar ha dejado con su prematura muerte: las Letras han perdido al prosista inimitable y distinguido; la Poesía al vate inspiradísimo; la República al Estadista de indisputables méritos y sobresalientes dotes de mando; la Juventud al Maestro sin rival que trató siempre de mostrarle las luminosas vías del progreso y del saber; y el hogar.....ay! el hogar al padre amantísimo y al



esposó tierno que, con su solicitud y cuidados, supo siempre comunicar vida y calor al nido de sus santos amores.....!

¿Quién no recuerda, lleno de admiración, las magistrales producciones del biógrafo de nuestros grandes hombres, que supo trazar con mano maestra y en caracteres de celeste luz, la historia del primero de nuestros sabios y del primero de nuestros poetas? ¿Quién podrá olvidar al filósofo profundo, al notable jurisconsulto, al sentidor de las "inenarrables tristezas" que supo arrancar universal aplauso con la nitida prosa de su Prólogo á las poesías del poeta de Bayamo?

¿Quién no recordará, lleno de cariño, al verdadero organizador de la instrucción pública en Honduras, y lo que es más, al patriota distinguido que coadyuvó eficazísimamente á la reforma de nuestras instituciones y al implantamiento de todos los progresos que cambiaron la situación de Honduras, sacándola del atraso y de la abyección en que yacía para elevarla al rango de las naciones cultas?

Los grandes merecimientos del Doctor Rosa reconocidos están por todos los que pudieron apreciar debidamente su labor administrativa, y las producciones de su gran inteligencia: en lo político, todos le hicieron plena justicia, considerándolo como Regenerador de Honduras; y en lo literario, los centro-americanos le manifestamos nuestra admiración llamándolo Príncipe de nuestras letras, y las naciones extranjeras le expresaron la suya incorporándole en el seno de sus principales Academias científicas y literarias, ya como miembro correspondiente, ó lo que es más aún, como Sócio honorario.

A su muerte, la prensa toda de la antigua Patria ha honrado su memoria con elocuentísimas manifestaciones de pesar; y Honduras, país de su cuna, ha declarado su fallecimiento como motivo de duelo nacional.

Sóbrada razón hay para que nuestra patria se cubra de fúnebre crespón, y lllore inconsolable sobre la losa venerada de esa tumba. Nosotros nos asociamos á su justo duelo; y al hacerlo, no sólo lloramos al genio que fué una de nuestras más grandes figuras contemporáneas, sino también al hombre que, elevándose sobre las pequeñeces del egoísmo, supo apoyar nuestro pensamiento de rehabilitar las glorias hondureñas en las páginas de este libro, y supo iluminar, con sus consejos autorizadosísimos, el camino que en tal sentido vamos recorriendo.

Ramón Rosa, patriota distinguido y escritor eminente! ¡Descansa en paz! Duerme, duerme tranquilo el eterno sueño de la tumba, que tu nombre "convertido en astro" será uno de los más brillantes luminares en el cielo de nuestras glorias; y tu recuerdo, siempre querido, pasará á la posteridad, consagrado por la admiración y la gratitud de la patria!

Ramón Rosa, amigo de la juventud, Mecenas generoso de nuestra obra! El llanto ahoga nuestra voz, el dolor paraliza nuestra pluma, nos faltan ánimo y fuerzas para decirte adiós! Maestro querido, Mentor inolvidable que guiaste nuestros primeros pasos en la consecución del fin altísimo que vamos persiguiendo, tu muerte ha sido para nosotros una gran desgracia! Tu espíritu luminoso, que un día irradiara sobre nosotros la luz de sus sabias enseñanzas, oculto ya tras el ocaso de la vida, no podrá iluminar más nuestras pobres y oscuras inteligencias! Recibe el tributo de nuestras lágrimas; y mientras podemos contar detenidamente tu gloriosa vida y admirar tus merítimas obras, en el puesto preferente que te está reservado en la galería de los "Hondureños Célebres," acepta estas pálidas líneas, que no expresan, ni con mucho, el dolor inmenso de nuestra alma, pero que son un homenaje espontáneo y sentido á tu memoria por siempre venerada.

Tegucigalpa, julio de 1893.

LOS AUTORES.

---

## DISCURSO

pronunciado en la reapertura de la Biblioteca Nacional, al descubrirse  
el busto en mármol del Doctor D. Ramón Rosa

---

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORES:

Hablar de Ramón Rosa es hablar de una de las personalidades más salientes de nuestra sociedad, de nuestra política y de nuestras letras; de uno de los hombres cuyo influjo se hará sentir siempre en cada uno de los adelantos, en cada uno de los bienes que Honduras obtenga en su marcha hacia la prosperidad y hacia el engrandecimiento.

¡Cuánto deseara que mi voz fuera digna de su gloria, para cauterla en los acentos que merece! Pero, á la verdad, esto no hace falta: la mejor consagración de los méritos no consiste en ditirambos resonantes y melodiosos ni en la más elevada significación de quien los entone: consiste en los hechos, pruebas evidentes é irrecusables que sirven de pedestal á toda reputación.

Y ¡cuántos hechos enaltecen la memoria de nuestro insigne compatriota!

Apenas contaba veintitrés años cuando formaba en las filas de la revolución liberal de 1871, que restauró la reforma ensayada por el inmortal Francisco Morazán en la brillante década de 1829 á 1839. Su pluma, en los periódicos que entonces redactó en Guatemala, fué una piqueta demoledora del edificio que levantó la reacción sobre las ruinas de la Patria. Y los merecimientos que alcanzó con su labor lo elevaron á una de las Secretarías de Estado de aquel floreciente país hermano. Uno de sus trabajos de entonces fué el que intituló *Estudios sobre Instrucción Pública*, del cual dijo don Lorenzo Montúfar que estaba escrito con "pluma maestra."

Viene á Honduras á colaborar en el Gobierno que inauguró el Dr. don Marco Aurelio Soto, el 27 de agosto de 1876, en Amapala, y, como Ministro reformador, suprime los diezmos, decreta el cementerio laico, extingue el fuero eclesiástico, establece la enseñanza laica, proyecta el matrimonio civil, anula la antigua legislación española y declara la absoluta libertad de cultos.

Promulgada la Constitución de 1880, la defiende luminosamente contra las reclamaciones de los Ministros diplomáticos acreditados en Centro-América, sosteniendo la justicia de las disposiciones en que establece que ni los hondureños ni los extranjeros podrán en ningún caso reclamar al Estado indemnización alguna por daños ó perjuicios que á sus personas ó bienes irroguen las facciones; y en que declara que, cuando no haya tratados, los hijos nacidos en Honduras de padres extranjeros, domiciliados en el país, son hondureños.

Deseoso, como el más ferviente patriota, de un régimen estable y de la respetabilidad de Centro-América, proclama y defiende con brío, y en folletos y artículos de magníficas galas literarias, la unión de las cinco Repúblicas, en mal hora separadas por ambiciones mal entendidas y raquíticas que se desarrollaron en consorcio con la ignorancia, y formula su pensamiento, apartándose del de los federalistas de 1824, diciendo: *¡Una sola Patria! ¡Un solo Gobierno!*

Estudia las condiciones sociales de nuestro país y formula un programa político de grandísimo alcance, en el que indica cómo se puede abrir campo á todas las energías, á todos los ciudadanos, sin distinción de colores políticos, á todos los elementos sanos para colaborar en la obra de regeneración y engrandecimiento de la Patria.

Uno de los puntos capitales de ese programa es la enseñanza, y nos deja un Código de Instrucción Pública admirable, en armonía con nuestras necesidades y con el gran fin de progreso que debe

perseguir el Estado cuando la sociedad no puede por sí sola promover y fomentar todos los intereses de que dependen la cultura y el bien.

Enamorado de las glorias patrias, escribe las biografías de José del Valle, de Francisco Morazán, de José Trinidad Reyes, de Francisco Ferrera y de Manuel Diéguez Olaverri; ensalza á Trinidad Cabañas; consagra el mérito de Arcadio Estrada y de Lorenzo Montúfar, de José Milla y de Miguel García Granados, de Antonio Grimaldi y de Enrique Guzmán, de Juan Mora Fernández y de Gerardo Barrios, y de tantos otros que han sido honra y orgullo de la América Central en las ciencias, en las letras y en las armas; y vienen á ser así sus obras como un centro á donde convergen todos los rayos de luz que nos han iluminado é iluminarán en nuestra peregrinación por el camino del progreso, para reflejarse formando un sol simbólico del alma de la Patria!

Y no contento con escribir y enaltecer con su pluma tantos méritos, inicia la idea de consagrar un homenaje á los hombres descolantes de Guatemala en las letras, escribiéndose por los más distinguidos literatos sus biografías y la crítica de sus obras, y logra la primera parte de su objeto y aparece el primer volumen, de numerosas páginas, impreso á sus expensas. En él, con su firma, figuran la del inspirado y elocuente Fernando Cruz, del florido Antonio Bares Jáuregui, del pensador Antonio Machado, del erudito Salvador Falla y del pulcro Antonio Valenzuela, precedidas de la del castizo y laborioso historiógrafo don Agustín Gómez Carrillo. No sé de otro literato centroamericano que haya costeado una edición como esa.

Poeta, canta; y prosista, escribe primores. Forma un pórtico de filigranas en el prólogo á las poesías de José Joaquín Palma; canta la hermosura y la espiritualidad de Antonia Cañas, la hija del viejo poeta laureado, gloria no sólo de El Salvador sino de todo Centro-América; suspira en Guatemala, en la casita blanca de María Arri-villaga, en Ciudad Vieja, al recordar la patria ausente, al recordar el hermoso, perfilado y azul Cerro de Hule, desde donde se contempla el Golfo de Fonseca; llora en acentos conmovedores, haciendo recuerdos íntimos, al sentir las ráfagas frías y ver las lluvias del triste mes de noviembre; y se entretiene y goza en describir las costumbres de su niñez en las escuelas de aquel tiempo en que, si había dedalazos como castigo y otras penas, no había estímulos ni recompensas, lo que sin embargo no censuraba, naturalmente, porque "obra era del tiempo." .....

Y véase como aun en cuadros de arte, su mira siempre estaba fija en la enseñanza, y es que la enseñanza es el medio de llegar a

una regeneración completa. A este respecto no debemos olvidar estas palabras del ilustre Rosa:

"Cuando al caer de la tarde veo á los pobres niños del pueblo salir de la escuela primaria con sus cartapacios bajo el brazo, yo me digo, emocionado por la alegría, esto me pertenece, esto es mío, esto formará parte de mi existencia y de mi suerte: estos niños que se instruyen prometen paz para mi patria, orden para la sociedad en que vivo, producción para nuestra industria y nuestro comercio, adelantamiento para nuestras letras, en suma, bienestar común que aseguran mi felicidad individual. Por lo contrario, cuando al mediodía, á las horas del trabajo, veo errar por las calles á niños ociosos, ó los veo, en empobrecidos barrios, mecense en las *hamacas*, con todas las voluptuosidades de la pereza, yo me digo, con tristísimo y profundo desaliento, esto me pertenece, esto es mío, esto formará parte de mi existencia y de mi suerte: estos niños que se embrutecen darán la guerra civil para mi patria, el desorden para la sociedad en que vivo, la ruina para nuestra industria y nuestro comercio, el retroceso para nuestras letras, en suma, todo género de desgracias y calamidades en que tomaré parte sufriendo personales infortunios!"

Quien tan hondamente se preocupaba por un venturoso porvenir para la Patria, casi no hubo asunto sobre que no escribiera, y no hay escrito de él que no contenga sabias reflexiones, sanos consejos, grandes advertencias y palabras de aliento, de fe y de esperauza en nuestro progreso.

Viajó por los Estados Unidos, se detuvo en la hospitalaria Costa-Rica, fué aplaudido en León en conferencias literarias, admiró el penachó de fuego y humo del Izalcó en la tierra salvadoreña, propicia á todos los arrebatos del entusiasmo por la gloria; reclinó su frente soñadora en el pecho de la hidalga Guatemala, y no pudiendo vivir sin el aroma de los pinares patrios, sin ver en el horizonte su amado Cerro de Hule, donde deseaba ser enterrado, volvió á Honduras, y esperó la hora postrera amado de los jóvenes, á quienes amaba como se debe amar todó lo que es esperanza y vida, y á quienes dedicó su *Biografía del P. Reyes* y á quienes ofreció para sus primeros ensayos literarios las páginas de su preciosa revista *El Guacerique*.

Aunque seguía trabajando con vigor por el progreso de Honduras, había sufrido desengaños y se sentía herido de muerte. Pensando entonces en el porvenir, y conocedor de los méritos de sus conciudadanos, escribió estas hermosas palabras, dirigidas á sus amigos: "Yo he llegado al término de la jornada, cansado y triste de tanto luchar y soñar. Ahí tienen Uds. á Manuel Bonilla, que puede ser

la espada en la guerra, el juicio recto y despejado en la política y en la administración y el corazón honrado para la patria hondureña.”

A poco falleció y le llevamos con honores de General de División, á donde descansa bajo un libro de piedra, símbolo de su magnífica labor, y aquel á quien señaló como ciudadano digno de regir la familia hondureña, es quien hoy la rige dignamente y quien consagra á su memoria y en su honor ese hermoso busto que se destaca á nuestros ojos y que presidirá en este salón las aspiraciones intelectuales de todos los que quieran contribuir á labrar con conocimientos en cada ramo del saber humano la parte de felicidad que les corresponde en la obra de la felicidad general.

He dicho.

RÓMULO E. DURON.

1.º de marzo de 1906.

---

---

## MI CUMPLEAÑOS

---

Una mesa de torma circular, que es la forma simbólica de la eternidad: sobre la mesa un espeso paño fúnebre, por un extremo echado sobre la tierra, que es nuestra madre común: sobre el paño una calavera iluminada por un viejo candil de incierta y vacilante luz; y por único adorno una rama tronchada de lloroso sauce. Tal es el monumento con cuya contemplación, *en espíritu y en verdad*, los hombres pensadores debieran celebrar la fecha aniversaria de su venida al mundo!

Como la católica Iglesia, con alto sentido filosófico, dedica un solemne día á recordar á la humanidad *que es polvo y en polvo ha de convertirse*, así los pensadores debieran dedicar las horas de su cumpleaños á la conmemoración de lo triste y fugaz de su existencia.....

Sin ser pensador, de mí sé decir que el más amargo día de los amargos días de mi vida, es el de mi cumpleaños. En él recuerdo que me alejo mucho de todo lo que he amado, y que estoy más próximo á dejar todo lo que amo: que la fecha de mi partida y de mi último adiós se acerca.....

Casi siempre, en mi cumpleaños, he sido un prófugo, he huido de la sociedad, he dejado hasta mi hogar, para refugiarme en solita-

rios lugares, y oír tan sólo las misteriosas voces de la naturaleza, que suscitan y alientan tristes reflexiones. Las alegres músicas, los deliciosos cantares, los perfumados *bouquets*, los animados brindis, los galantes obsequios y las finas felicitaciones, me producen el efecto que me hace el bullicio de las costureras que forman un blanco y elegante traje y de las floristas que acopian múltiples y lindas flores, para vestir y engalanar á la pálida niña que, tendida en el lecho, con el estertor de la agonía, va á cerrar sus ojos: para siempre, al contacto del dedo de la muerte.

Hace algunos años que en mi natiación no puedo huir. Tengo cuatro niños que me ponen sitio, y que acaban por aprisionarme. Como conspiradores, preparan en secreto sus cuélgas, y me observan y me espían, y esperan ¡ay! el  *día feliz*, para rendirme con su afecto, ofreciéndome sus presentes. ¡Cómo sustraerme al asedio de mis pequeñuelos! ¡Cómo libertarme de las ligaduras con que me aprisionan! ¡Ah! un padre no puede romper esas cadenas de flores! Hoy los chicuelos desfilaron en mi presencia, con el orgullo y el júbilo de los triunfadores.

Paca me ha presentado un gorro turco, obra de sus manos.

—Dije entre mí. Para cubrir la calvicie que me ha dejado la seca y desarraigada vegetación de mis antes negros y profusos cabellos.

Adriana, unas finas y holgadas babuchas, producto de sus labores.

—Bien: para comodidad de mi pie desviado y enfermo por la cojera.

Ramoncito, una plana.

—Muy bien: tú podrás como amanuense, en la intimidad, escribir mis tristes Memorias.

Isidorita, unos versos.

—Magnífico: si llegas á ser poetisa, lo que no te deseo, compondrás mi epitafio.

Recibí mis cuélgas, y hablando conmigo mismo, exclamé en lo interno:

—¡Dios mío, si todo es á propósito! ¡Si todo yo soy una ruina!

Como llamada al conjuro de mi lastimera queja interior, entró Blanca Rosa, mi muñequita con alma, en brazos de su nodriza, y me obsequió un ramilletito perfumado.

—¡Flores á mí!

Y le dí un ardiente beso en su tersa frentecita, y á la vez sentí el helado beso del tiempo sobre mi corazón, beso que mata de frío á las hijas más queridas del alma, que se llaman Fe, Ilusión, Esperanza!

Enternecido dí las gracias á mis chicuelos.

—Gracias, hijitos míos; voy á guardar mis cuelgas.

Y dí la vuelta más que para guardarlas, para reprimir dos lágrimas que se me escapaban.

—Papá! papá! exclamaron con amantísimo llamamiento.

—Sí, gracias, gracias, repetí, por sus festejos por mi gran paso..

.....¡Inocentes y amadas criaturas, no saben lo que celebran!

Concluí la frase en el fondo de mi alma. Sólo la oyó mi conciencia.

Ur gran paso, sí. Hoy es 14 de julio, día de mi cumpleaños.—  
¡He dado un gran paso hacia la tumba!

RAMÓN ROSA.

Tegucigalpa, 14 de julio de 1892.

---

---

## COSAS DE ADEL

---

Por el Doctor don Ramón Rosa

---

Pues *matronas y caballeros*—como oí decir en los dichosos tiempos de mi amigo Pierra—*La Paz* está muy pobre, muy falta de colaboración; y aunque *sin convite*—al revés de lo que sucede en nuestra desinteresada sociedad—á mi me gusta *meterme con los pobres*, y á ellos les hago *mis saconerías*. Por esto la pobre *Paz* hoy tiene mi importante colaboración. Le doy lo que tengo *mis cosas*—que escribo como me salen; y allá *van cosas donde va mi gusto*: y basta de preámbulos, que no está para *vuelitas ni revueltas* el colaborador.

ADEL.

---

¡ESTAMOS EN LOS JUNIOS!

El vulgo de la ciudad—que es mucha cosa—y los *pencos* que no por ser *pencos* dejan de tener imaginación—han inventado una frase terrible, asustadora, *tremenda*, como diría nuestro viejo amigo Carrascosa. Esta frase forma la expresión tristísima, acriminatoria, de



grandes angustias estomacales. Cuando ésta se pronuncia, vagan aquí y allá muchachos sucios y macilentos, y viejecitas temblorosas y encorvadas, que por doquiera venden—por lo que les dan cucharas, *macerinas*, planchas, peroles, moliniños, estampitas, y aun algunos trajes—no muy perfumados ni muy propios para la princesa de Gales.

Cuando los muchachos y viejecitas hacen su ajuste, y sueltan las prendas, suenan acentos lastimeros; suena la frase: “*estamos en los Junios!*” y el eco se la lleva, y el eco la repite, y parece que el viento, con sus gemidos, dice siempre: “*¡estamos en los Junios! ¡¡estamos en los Junios!!*”

Pero viene Agosto con sus cosechas: brilla un sol espléndido, y sus rayos iluminan los barbudos *elotes*, los dorados *plátanos*, los enredadores *frijolitos*, y los monstruosos *ayotes* que, no sin razón, forman el triste símbolo de las *calabazas*.

Y entonces la alegría renace, y las viejas no tiemblan, y se enderezan, y los muchachos se vuelven gordos y rozagantes, y las prendas tornan á los desvencijados bañiles, y los estómagos se abultan, y el viento, ese llorón sublime, deja sus lamentos y los *penos* vociferan: “*¡Ya pasaron los Junios!*” “*¡Hagamos nuestro Agosto!*”

¡Vida! caprichosa vida! ¡Sólo te quiero cuando tus contrastes me hacen ver séres felices. ¡Ah! si yo fuera feliz, aunque fuese con la posesión de un buen *ayote*, pero se entiende, para mi estómago, y nunca, nunca para mi corazón!

¿Qué he dicho? ¡*Corazón!* Y el nombre de este rebelde, de este faccioso eterno, me trae un recuerdo abrumador! Traigo á la memoria los *Junios del alma*. Tambiën el alma tiene sus miserias!

En días de primavera, en los días de la hermosa juventud, dos séres sensibles—se sobreentiende, hombre y mujer—se comprenden, se aman, se juran eterna fe: su vida es un cántico de amor como el de los pájaros de la enramada: su pensamiento es una luz apacible como la del crepúsculo de la tarde; y su expresión todo un poema, tan dulce, tan melancólico y tan bello, como el rayo plateado de la casta luna, que en serena noche inspira sus ensueños á las almas que se buscan!

Y estas almas, sirviéndose de sus cuerpos, en una hora de felicidad suprema, indecible, se dan prendas.....¡Qué bello cambio el de sortijas, guardapelos, pafuelos, rosaritos y medallas que, acondicionados en blancos y perfumados envoltorios, atados con cinta morada, *color de amor*—como dicen las tegucigalpas—van y vienen por medio de esos *entes utilísimos* que *Alá* protéja, y que se llaman *Rufianos* ó *Mercurios*.

El telégrafo no despidе tantas chispas eléctricas como despiden chispas de amor esos queridos envoltorios! ¡Con qué placer, con qué deleite casi divino, se reciben y se envían! Se tocan, se ven, se huelen, y hasta se oye el *ruidito* armonioso que producen! Sólo falta paladearlos. ¿Pero no paladea el alma nn gusto infinito? Prendas del corazón.....¿seréis eternas?

¡Ah, no! ¡Llegan los *días turbios*! ¡La humana inconstancia trae los desencaños! ¡Se acerca la noche de las almas! El sol de los amores toca á su ocaso. La luz se despidе, los pájaros vuelven silenciosos á sus nidos, el aura no murmura, las flores se cierran, los corazones desmayan, y las ilusiones mueren!

Entónces las viejas, esos *buhos* del hogar, cantan con voz fatidica la muerte del amor de dos almas jóvenes; y éstas vuelven á valer-se de sus cuerpos, y errando entre las sombras de la noche, sacan ¡ay! los queridos envoltorios; y con voz sofocada por los sollozos, hecha un nudo la garganta, dicen, suspirando á sus *Mercurios*: “*decile que ahí va eso.*”

¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? Es que esas almas *están en los Junios*. Sienten las miserias del espíritu, el vacío del corazón; y hé aquí que los *Mercurios* se cruzan cabizbajos, consternados, llevando aquellas prendas queridas, ornadas ahora—¡quién lo creyera!—con una cinta negra.....¡Tal vez llevan, sin saberlo, la urna mortuoria de todas las ilusiones de una existencia infortunada!

Por fin el último cambio fatal se cumple, y se oyen en dos estancias solitarias, estos tristes acentos: Todo ha concluido entre nosotros: *¡estamos en los Junios! ¡estamos en los Junios!*

¿Y no vendrá el *Agosto de las almas* con su sol espléndido, con sus cosechas y alegrías? ¡Nunca! Cuando las ilusiones de la juventud se mueren, toda el alma es una tumba, en que sólo renácen amarillentas flores, flores de muerto, recuerdos tristes de la primavera de la vida!

Amables lectoras: que *Alé* no permita suene la hora fatal en que desfallecidas vuestras almas y ajadas por la mano cruel del desencanto, lleguen á sacar sus *dulces prendecitas*, y á decir con dolorido, desgarrador acento: ¡ESTAMOS EN LOS JUNIOS!

---

#### UNA ERRATA

En mi artículo *Estamos en los Junios* escribí la palabra *lacrimatoria*; pero un cajista innovador formó siempre la palabra *acrimatoria*. Cuatro veces corregí las pruebas añadiendo la letra l, y cuatro

veces fueron inútiles mis correcciones. Si cuesta tanto que un cajista inteligente, á quien se le dice *l, l, l, l*, añada una *l* á una palabra, ¿qué extraño es que nuestro anciano y venerable Tadeo, el célebre autor de los *tononeles*, aunque se le diga una y mil veces: "Tadeo, di *caballo*," responda siempre: *macho, macho, macho*?

---

#### UNA ADIVINANZA

El deseo más ardiente, la aspiración suprema de la mayoría de las hermosas tegucigalpenses, se cifra en *hacer estación* en la triste calle por donde pasa nuestro padre Jesús.

¿Por qué ese deseo? ¿por qué esa aspiración de las encantadoras y piadosas mujeres? ¿Querrán la corona de espinas? ¿Querrán el peso de la cruz? ¿Querrán la ayuda de un bondadoso Cireneo?

No debemos decirlo. En decirlo, y decirlo bien, está el *busilís* de la adivinanza.

Si mis bellas lectoras dan en el clavo de la adivinanza, *se acordarán de Adel cuando estén en el Paraíso!*

---

#### UN RECUERDO DE LA COSTA, Y ÉL DIVIDENDO DE PLÁTANOS

Una vez, en mis correrías por la costa, encontré en tu espacioso y pintoresco rancho, una muchacha graciosa, espiritual y *de malas pulgas*, aunque parecía que el espíritu se le iba por los poros, porque sudaba como un *apáste nuevo*. Un palurdo le hacía la corte, y no recuerdo qué necedades *atrevidas* le dijo, pues la muchacha lo despidió á empellones, exclamando indignada: ¡qué plátano! qué plátano! qué plátano!

Este recuerdo nos sugiere un aviso importante:—"La sociedad *platanera*" va á tener *dividendos*. ¡Qué racimitos tan buenos, bonitos y baratos, vamos á tener los de la empresa! Puede decirse á los accionistas, en cuyo número *tengo la honra* de contar:—Qué plátanos! qué plátanos! que plátanos!..... se entiende, de los que vamos á dividirnos.

---

#### MI ÉXTASIS AMOROSO Y MI PEDACITO DE SONETO

Estoy *literalmente* lleno de amor: *Alá* en sus infinitas bondades me ha dado una *Cotorroncila* cuaremeña que vale un *Perú*. Es todo un primor, me sigue y persigue, como la sombra al cuerpo, y yo soy el perseguido más dichoso!.....

Voy á probarlo—Ayer, á la hora en que grita el Diablo—dos de la tarde —mi *Cotorroncita* me riñó, entre bravatas y lágrimas. La tempestad amorosa iba á estallar; pero en esto *me dió un ataque*, y quedé en éxtasis de amor. ¡Y estupendo milagro! Una poetisa santa y sublime me inspiró unos *pedacitos* de soneto, que en mi éxtasis recité á la luz de mis ojos, y me han valido una reconciliación sabrosa, y encantan, deleítan,

#### A MI COTÓRRONA

No me mueve, *mi bien*, para quererte,  
*El sí que ante el altar me has prometido*,  
Ni me mueve el tormento de tu olvido  
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, *mi bien*: muéveme el verte  
*En suplicio tan cruel.....y sin marido!*  
Muéveme el ver tu cuerpo estremecido:  
Muévenme tus suspiros y tu suerte.

Muéveme, en fin, *tu afán* de tal manera,  
Que aunque no hubiera *enlace*, yo te amara,  
Y aunque no hubiera *olvido*, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,  
*Pues aunque nunca esposa te llamara*,  
Lo mismo que te quiero te quisiera.

---

#### ME QUEDÉ COJO POR REPETIR MUCHO: COJA

Cuando después de la infancia, de aquella dichosa edad de la inocencia, despertamos á la vida del sentimiento, por lo común sólo hay desinterés, completo desprendimiento en las primeras pasiones de la adolescencia. El corazón no conoce el cálculo, revolotea cual inocente mariposa en derredor de la llama de las ilusiones; pero como ella, al fin se quema, y tórnanse en polvo sus matizadas y brillantes alas.

Allá en los primeros días de la adolescencia, conocí á Clorinda, muchacha sagaz, atractiva, voluptuosísima, que vivía con su *Mamá* —como ella la llamaba—en una modesta y apartada casa de barrio. Clorinda fué mi llama, y mi corazón la indiscreta mariposa que revoloteó en torno de su luz, siempre hermosa y brillante.

Por las tardes, aunque lloviera á cántaros, iba á ver á Clorinda, señora absoluta de mis pensamientos.

¡Qué diálogos tan dulces los que se entablaban en nuestra intimidad! Qué poéticos y encantadores me parecían, y qué amargos fueron después!.....

Al llegar, Clorinda me decía—*Mama* y yo lo hemos esperado mucho; *niño Adel*; pero como U. estaba en el *Centro*.....

A esta reconvencción carifiosa, yo contestaba con mil y mil excusas: la paz se firmaba, yo la celebraba con caricias, y Clorinda con movimientos apasionados, dulces sonrisas, y ardientes miradas de amor.

Después me decía—*niño Adel*, ¡qué bonita es una camisa blanca con lentejuelas, y adornada con cinta color de rosa! ¡*Ah cogiera!*—Una sonrisa de satisfacción vagaba por mis labios, é irguiéndome decía á Clorinda—*coja*, Clorindita, *coja* esto, y tendrá lo que desea. *Mama* entraba, como distraída, y Clorinda exclamaba gozosa:—*alza, Mama, alza ese bonito que trajo el niño Adel.*—Y *Mama* alzaba el *bonito*, reconviendo á Clorinda? y yo, acariciándome el bozo del bigote, me deshacía dando á *Mama* mil y mil satisfacciones; y al despedirme amante, enajenado, decía á Clorinda—*coja* esto para los peñecillos y las cintas de la camisa; pero *álcelo U.*, pues *Mama* está de mal humor.—*Mama* me encontraba á mi salida, me hacía agasajos, y me decía que no *dejara de ir*.

Esa escena se repetía casi todas las tardes. Ya se tratase de camisas con lentejuelas, ya de crinolinas, de zapatos de seda, peñecillos, pomadas y botecitos de olor, al oír el dulcísimo *cogiera*, yo repetía entusiasmado:—*coja*, Clorindita, *coja*;—y *Mama* se ponía de mal humor, pero siempre *alzaba los bonitos del niño Adel*.

Cuánto gozaba después, á la hora de misa mayor! Al primer repique Clorinda acudía con *Mama*. Qué linda iba! Cuando brillaban las lentejuelas de su camisita blanca, me parecía que ornaban su pecho todas las estrellas del cielo; y yo tenía mi culto, y era adorado en el fondo de aquel pecho de la cándida paloma. Cuando en el átrio ondeaba graciosamente su crinolina, me parecía ver girar un mundo entero, poblado de maravillas, de encantos y placeres; y yo era el rey de aquel espléndido universo. Cuando al entrar á la iglesia el viento hacía flotar las cintas y listones, que en poético desorden, caían de la cabeza de la hermosa, me parecía oír flamear gallardetes y banderas, colocados para esperar, en plena gala, la llegada de un conquistador: y me parecía que yo era

“Pío, felice, triunfador Trajano:  
Ante quien muda se postró la tierra!”

Cómo se desvanecen las dichas de la vida! Era el 3 de mayo, día de la Cruz. Había gran fiesta en la *Chivera*: la *magnífica* orquesta de nuestro pueblo dejaba oír sus dulces armonías: *el marrano en horno, los estofados y pasteles*, esparcían sus excitantes olores; y el gentío poblaba las verdes sabanas, y hormigueaba en las casas, yendo y viniendo, alegre, bullicioso, feliz.

Clorinda estaba allí, bella como un rayo de luz del sol poniente! *Mama* la acompañaba, dándose la tarea de levantarse á cada rato para arreglar las perfumadas *flores de mayo* que adornaban los sedosos cabellos de su hija encantadora. Excusado es decir que yo también estaba allí, habiendo tenido una recepción muy cariñosa de *Mama*, y amorosísima de parte de mi amada.

Transcurridos algunos minutos, con un sobresalto, con una inquietud indecible, ví que Clorinda llevaba un anillito de oro en el dedo índice de su suave y surosada mano. Al fijar mi vista en aquella prenda fatal, Clorinda me dijo saltando de contento:—Vea qué lindo, *niño Adel*: se lo trajeron á *Mama* para que lo comprara. ¡Ah cogiera!—La sangre se agolpó á mi corazón, se oscureció mi vista y bañó todo mi cuerpo un sudor frío. No podía decir *coja, coja Clorindita!* Tenía muchas deudas en *la calle del comercio*, y había gastado hasta mis últimos centavos! Cuando pude, varié de conversación, y haciéndome pedazos el bozo del bigote, ¡ay! dejé á Clorinda en el bullicio de la fiesta para ir a confundir mis lágrimas con las mansas corrientes del solitario y triste Guacerique.....

Al otro día, desconcertado y pálido, fui á visitar á la dueña de mi alma; pero nadie me dijo al entrar “lo esperábamos con ansia, *niño Adel*,” y la actitud de Clorinda era indiferente, fría; y sus rosados labios, antes tan risueños, no tuvieron para mí ni una sonrisa; y sus ojos, antes clavados en mí y humedecidos por la ternura del amor, ya no me vieron; y *Mama*, al despedirme, no me excitó, como otras veces, para que no dejara *de ir á casa*. ¡Como un castillo de naipes se deshizo tanta felicidad, tanta ventura!

Con el alma destrozada, sombrío y pensativo, me dirigí á mi casa, por los *zanjones* de la Ronda, para pasar muy lejos, muy lejos de *la calle del comercio*. Pero un mal no viene solo. En mi profunda distracción dí un mal paso, y quedé *cojo*. Mi desengaño y mi *cojera* me hicieron al fin reflexionar, y dije para mí: “me encuentro desesperado, con deudas y bien *cojo*, por haber repetido mucho, “*coja, coja!*,” y recordando á Shakespeare, y dejando volar mi último pensamiento hacia Clorinda ingrata, exclamé entristecido: *Fragilidad, fragilidad, tienes nombre de mujer!*

VOY Á DEJAR EL PIANO. YA DEJÉ EL PIANO!

¿Has visto la tierna avecilla de pintadas alas y de dulcísimos gorjeos, que se escapa de la dorada jaula, y que va revoloteando, contenta y feliz, á probar los encantos de la libertad, y á posarse en el umbroso bosque, para libar la miel de las entreabiertas flores?

Esa avecilla afortunada, al verse libre, siente el atolondramiento de las dichas supremas; y se olvida de sí misma por buscar su dulce compañero, y olvida á veces hasta aquellos melodiosos cantares que, en su melancolía, dejaba oír desde su dorada jaula.

Cual la prisionera melancólica que recobra, feliz, su libertad, así aparece ante mis ojos la hermosa niña de quince á veinte años que va á abandonar la jaula de hierro de la soltería, y que vaga ansiosa, entre un mundo de ilusiones, buscando, con el pensamiento, á su dulce prometido.

¿Has visto y tratado una hermosa niña en visperas de su boda, cuando va á dejar su jaula, cuando alista su vestido blanco, su vaporoso velo, y su corona de rosas y azahares?

Tal vez la hermosa niña, desde pequeñita, ha aprendido á tocar el piano, y por la tarde y por la mañana, como los pájaros, alegra su hogar con las armonías de dulcísimas romanzas.

Pero si la has visto en visperas de boda, y le pides que toque el piano, te dirá, como me han dicho á mí, con una gracia casi infantil, llena de sonrisas y de encantos:—*ya no toco, voy á dejar el piano.....*

Muchas veces he insistido:—Por lo mismo que eres feliz, toca, que la música es muy buena compañera de la felicidad.

Pero siempre se me ha respondido:—no; si ya no toco; *voy á dejar el piano.....*

Qué de veces me he preguntado: ¿por qué esta hermosa niña que va á casarse no toca el piano, cuando está contenta, enamorada? ¿Por qué insiste en dejar el piano?

La respuesta no es dudosa para un observador. Cuando vibran dulcemente todas las fibras del corazón, nada vale la música que huela los sentidos. Así la niña que va á casarse, como el ave que á veces olvida el canto, al salir de la dorada jaula en busca de su amado, olvida los acordes del piano, prescinde de su instrumento favorito, porque sus notas ya no la conmueven, porque tiene muchas armonías en el alma!... ¿Para qué ha de tocar? Tiene una música interior que arroba su espíritu, y que la transporta al cielo, y la hace oír las melodías de los ángeles.

Cuando veo á una hermosa niña que alista sus vestiduras nupciales y que me dice:—*voy á dejar el piano*; y que rehusa tocar,

siempre digo para mí:—dichosa tú, joven risueña, que te prometes un cielo de amor y de ventura! Dichosa tú, que no tocas, porque tienes muchas armonías en el alma!

La niña se casa. Pasan los fugaces días de la luna de miel, y comienza—como se dice vulgarmente—el año del *noviciado*, en que se asegura, se prueba la luna de miel.

Si has visto en esa época aquella niña fresca y hermosa que iba á dejar el piano, y le pides que toque, que haga un recuerdo de otros días, te dirá, moviendo tristemente la cabeza:—*Ya dejé el piano!*

Cuántas veces he insistido con algunas amigas que están en el *noviciado* para que toquen, para que reproduzcan recuerdos y armonías de su hermosa juventud; pero siempre se me dice con marcadas señales de desaliento y de tristeza:—*Ya dejé el piano!*

¿Qué se hizo aquel cielo de amor y de ventura? ¿Qué se hizo el concierto de los ángeles? ¿Mudanzas de la vida! Sólo queda la oscuridad del limbo, y las profundas tristezas, y los desfallecimientos dolorosos que las almas sienten en el horrible purgatorio.

Quando en *el año del noviciado* se me ha repetido siempre con honda melancolía *ya dejé el piano*, digo para mí: tú no eres ya la fresca niña, alegre y bulliciosa; eres la mujer marchita, melancólica y sombría que palpa las realidades de la vida. Pobre de tí, que ya no tocas, porque no queda en tu alma ni una nota armoniosa! Pobre y melancólica avechilla; ¿por qué saliste de tu jaula? Ya no volverán á resonar dulcemente las fibras de tu joven corazón!

#### A MI COCINERA

Yo creía que se habían ido, para no volver más, los tiempos de Catalina de Médicis, *la envenenadora*. Pero, qué estúpida creencia la mía! He sido, soy y seré siempre tontísimo: tú me has demostrado, aborrecible y aborrecida cocinera, que han vuelto los peores tiempos de los Valois, pues tú eres mi Catalina, *mi envenenadora!*

*Tus picadillos, tus chorizos, tus estofados, tus mondongos, tus asados ó cueros, tus chanfainas, tus frijoles con gorgojos y tu salpicón*, comida de don Quijote, me han estado y me están envenenando; me matan! No hablo de tu *conserva*, ó tus *conservas*, porque son tan malas como las de los conservadores de Honduras; ni hablo de *tu bien me sabe*, dulcito con que te lucas, porque me sabe tan mal como me saben las *dulzuras* de los *modernos y finísimos liberales* de Centro-América.....

Y á pesar de todo, y á pesar de más justas y amarguísimas quejas, que Dios te sostenga, te salve y te proteja! Te detesto, envenena-



dora; y sin embargo, te quiero. ¿Y sabes por qué? Por aquello del cuento de la viejita que rogaba por la conservación de Don Pedro el Cruel. Si tú te vas, ¡ay! será peor la Catalina que venga a acabar de envenenar mi pobre, mi enfermo estómago!

No te vayas, no te vayas, envenenadora, y perdona las claridades que te digo; perdónalas, siquiera sea porque has alcanzado un gran triunfo.

¿Cuál es el triunfo? Voy a decírtelo. Siquiera fuese por ridiculizarme, antes se decía en mi pueblo que yo era fuerte, algo inteligente, de viva imaginación, de genio espiritual y de levantadas aspiraciones. Y hoy, ni por vía de ridícula, pueden decirse de mí tan lindas cosas. Tú has acabado conmigo. En estos momentos no quiero nada, no aspiro a nada. Veo bullir en torno mío hombres que piensan en la *dichosa y regeneradora* política de Centro-América; hombres que piensan en las ciencias y en las letras; hombres que piensan en negocios y en pesetas; y hombres que piensan ¡ay! en amores y en ensueños de porvenir. Y yo, ¿en qué pienso, moderna Catalina? Yo sólo pienso en que me tienes desorganizado, envenenado, moribundo..... Lejos de mi todo noble deseo, toda alta aspiración!

De un hombre has hecho una bestia con tus execrables potajes. Hé aquí tu obra, cocinera maía; hé aquí tu triunfo espléndido. Y te lo digo para que te goces con tus producciones, y para que se gocen todos los que me quieran mal. ¡Ay! tú me haces apurar el cáliz de la amargura. ¿Qué más amargura que no tener ningún deseo, ninguna aspiración, ningún ideal?—Acabaste con el hombre, y sólo queda la bestia. ¿Sabes qué quiere esta pobre bestia envilecida, en fuerza de *tus salvajes tiranías*? Dejarte para siempre; maldecir eternamente tu memoria, y después, infame Catalina, siquiera comer a gusto y tranquilo, a guisa de los brutos. QUIERO COMER, QUIERO COMER; hé aquí mi única ambición, hé aquí tu obra!.....

---

#### EN EL MES DE NOVIEMBRE

(*Recuerdos*)

¿Te acuerdas, dulce amiga, de aquel tiempo en que las horas se deslizaban como instantes, en que hablábamos, á veces, de las estaciones del año, y en que tú me decías, con todo el sentimiento que sabes dar á tu expresión: *noviembre es el mes de mis predilecciones, por que es triste, y muy triste?*

Entonces te decía que á mi ánimo embargaban tus mismas impresiones; que noviembre conmovía todo mi sér; que despertaba todos los recuerdos de mi imaginación, dejando mi alma sumergida en un mar de profunda é indecible melancolía.

Y pasaron aquellas horas, dulce amiga; pero en mi espíritu, llama que el soplo del infortunio debilita y extingue, aún brillan últimos resplandores que iluminan, con pálida y mortecina luz, ¡ay! los recuerdos del pasado.

\* \* \*

Antes que la flama moribunda de mi espíritu se apague para siempre, quiero decirte, dulce amiga, todas las impresiones que me trae noviembre, ese mes de tu predilección, ese mes de los recuerdos, ese mes de profundas, de infinitas tristezas.

Brilla entre las brumas un sol de luz pálida y triste; la atmósfera es fría, y á intervalos, menuda lluvia deja percibir ruidos monótonos y misteriosos; luego el viento del Norte se desata, y con sus penetrantes y lúgubres silbidos, hace imperceptible el caer uniforme de las gotas de agua; entre la lluvia que azota y el viento que gime, se oye el fúnebre clamor de las campanas que evoca el recuerdo de la muerte; el corazón se siente oprimido por la idea aterradora de la nada; se piensa en los que fueron; y en medio de un mundo de recuerdos, parece que se alza el velo de la eternidad, y que las tumbas se abren para decir á los vivientes los secretos, los misterios que se encierran ¡ay! en la silenciosa mansión de los sepulcros. Y es que principia el mes de noviembre: estamos en el día de difuntos.....

¡Qué día tan triste es el día consagrado á la memoria de los muertos; pero qué día tan grande por los recuerdos que despierta, y por los sentimientos que inspira! ¡Ay! los que no podemos llorar, los que tenemos seca la fuente de las lágrimas, sentimos caer una á una lágrimas de nuestro corazón, lágrimas que nadie vé, que nadie enjuga, y que son las más sentidas, las más dolorosas, porque al resbalar dentro del pecho, se llevan pedazos de nuestra alma.

En el día de difuntos, dulce amiga, yo siento que esas lágrimas inundan mi pobre corazón. En ese día, el mundo implacable y cruel, tal vez me obliga á posar en mis labios la sonrisa; pero el mundo no sabe, no comprende, que esa sonrisa es la contracción que produce un inmenso dolor. En ese día yo recuerdo á todos los que me amaron y á los que amé en la tierra, y reanudo los lazos que rompió la mano despiadada de la muerte. En ese día recuerdo también esos seres invisibles que tanto y tanto amé, que acaricié entre dichas y placeres; recuerdo esos seres queridos que en un tiempo se agitaban risueños llenando de encantos la hermosa mañana de mi vida, y que ahora son cadáveres que encierra la urna de mi pecho, y que se llaman, dulce amiga, esperanzas perdidas é ilusiones muertas!

Alguién ha dicho que *hay éxtasis en la agonía*, y creo que para las almas delicadas también hay un secreto y extraño placer cuando el espíritu se abisma en una tristeza infinita. ¡Qué de veces, dulce amiga, en el día de difuntos, yo he huído de las miradas de los hombres, y he buscado las grandes soledades, y he buscado las desiertas ruinas para pensar á solas, para recordarlo todo, todo, para sufrir

mucho, mucho, para apurar la copa del dolor hasta las heces, para entregarme sin reserva al oleaje de esa mar insondable de los recuerdos dolorosos. Y es que los supremos dolores, dulce amiga, y es que el sufrimiento infinito, tienen una voluptuosidad que sólo sienten y comprenden los grandes corazones. ¡Ah! ¡yo comprendo que se haya amado el martirio! ¡Ah! ¡yo comprendo que por la té y el sentimiento sin límites se haya encontrado cierta voluptuosidad en los horribles tormentos del potro y de la hoguera!

Los últimos ecos de las campanas, que parecen tiernos lamentos por los que fueron, por los que no existen, se debilitan, se amortiguan, se pierden. Ha pasado el día de difuntos: el mundo de los vivos va á olvidar el mundo de los muertos. ¡Qué verdad tan amarga, dulce amiga! ¡Todo se olvida! ¡Todo se olvida!

\* \* \*

Y siguen los días de noviembre, y al despuntar el alba, en las frías mañanas, cruzan por las encrespadas cimas de nuestros cerros, vaporosas neblinas, blancas como el armiño, que semejan sutiles gasas en que parece han de envolverse las bellas formas de una virgen.

Y luego los primeros rayos de majestoso sol coloran las neblinas con una lluvia de polvo de oro y púrpura; pero si el sol las embellece, también su calor las disipa; y las vaporosas neblinas desaparecen, se pierden, y sólo quedan en las arboledas de los cerros las blancas flores del niño que parece que se ruborizan, y que dejan caer sus perlas de rocío, porque les falta el blanco y tienen velo que ocultara sus encantos.

Es muy triste ver pasar como exhalaciones las blancas neblinas de la mañana. Es muy triste que el sol que las colora, las pierda, las disipe. Así se pierden también las ilusiones. Así se van también las esperanzas..... ¡Tienes razón, dulce amiga! ¡Son tristísimos los días de noviembre!

\* \* \*

Y avanzan los días del mes de tus predicciones, del mes de las indecibles tristezas; y al medio día, en el cielo, las nubes, pobres perseguidas del viento, cruzan fugaces; y aquí en la tierra las hojas de los árboles, que empiezan á secarse; ¡ay! por el soplo letal del otoño, comienzan á caer una á una, amarillentas, secas, y el aire se las lleva, y se alejan y se alejan del tronco que les diera la savia de la vida.

Aquellas hojas tan frescas y lozanas, que en la primavera embellecieron el árbol y recrearon nuestra vista, y prometieron flores y frutos, se van para no volver jamás, y serán polvo, seco polvo que huella indiferente nuestra planta. ¿No es verdad, dulce amiga, que las hojas secas que se llevó el viento, y que huellan nuestros pies, son la imagen de las dichas y esperanzas de la vida?

\* \* \*

Noviembre toca á su fin; y hay más melancolía en las escenas de la naturaleza. La tarde está muy fría; el calor se concentra en el organismo; el corazón late con violencia y el alma está triste como un poema de Ossian. La mirada inquieta, desasosegada, no se satis-

face con fijarse en las escenas de la tierra, y se fija en lo alto, y se dirige al cielo. ¡Triste tarde de Noviembre, ya no oigo tus rumores, ya no oigo ni los tristes lamentos de que pueblan la atmósfera las *zumbas* vibradoras de las cometas con que los niños se entretienen en sus juegos infantiles! ¡Tarde de mis contemplaciones, sólo me fijo, poseído de infinita tristeza, en los celajes de tu cielo! ¡Qué caprichosos en sus formas, y cómo exaltan mi fantasía, y cómo dilatan mis pensamientos, y cómo aumentan más y más la profunda melancolía de mi alma!

¡Qué múltiples colores, qué variadas perspectivas! Veo que se forman inmensos castillos de piedras cenicientas con sus pórticos, sus torreones y sus ventanas góticas, á las que se asoma pálida y llorosa, misera cautiva; y los castillos se desploman, se arruinan, desaparecen. ¡Pobre cautiva, tu pérdida tiene un eco doloroso en mi triste corazón! Veo alzarse arcos triunfales matizados con todos los colores del iris; y al llegar los triunfadores valerosos, erguidos, con sus penachos ondulantes, los arcos se estremecen, se tuercen y se caen. ¡Héroes de la atmósfera engañosa, vuestros crueles desengaños tocan una fibra sensible de mi pobre corazón! Veo las danzas, que en loca y amorosa confusión, forman en su delirio mancebos y mancebas que, lindos cual Febo y cual la aurora, bullen entre amores; al reflejo suavísimo de la luz de la alegría; y las aéreas parejas de súbito se tornan desdefiosas, y las sombras las cubren, y se sumergen en negra oscuridad, y se separan, y se separan para siempre. ¡Hermosos compañeros del placer, vuestra despedida eterna, encuentra un eco doloroso en mi pobre corazón! Tienes ¡ay! mucha justicia, dulce amiga. Son tristes, muy tristes, las tardes de noviembre.

\* \* \*

Y llegan por fin los últimos días del mes de nuestras hondas impresiones, y en sus noches iluminadas por amarillenta luna, el sueño con sus mil adormideras, cierra mis párpados; pero ¡ay! suena el viento impetuoso, y despierto sobresaltado, lleno de vagos terrores.

¡Qué sonidos tan varios y tan significativos para mi alma! El viento gime, gime con acentos lastimeros, y me hace sollozar porque recuerda todos los dolores de mi vida de infortunios. El viento produce sonidos monótonos y uniformes; parece que se calma en su desesperación, y me digo: resignación, alma cristiana; son muchas las miserias de la vida. Y luego el viento se enfurece, y semeja gritos de angustia y de dolor irremediable, y mi alma se inquieta, se exaspera, y me digo: son los crueles gritos de la desesperación, del desencanto de la vida. Así concluyen todas las cosas, dulce amiga; quejas, desesperación, desencanto, y luego nada, nada!.....

\* \* \*

Cuando mi existencia no sea más que un recuerdo, y ¡ay! tal vez ni una memoria, ni un átomo perdido en los corazones que me olviden; cuando al llegar el día de difuntos, el clamor funeral de las campanas haga brotar de tus hermosos ojos una lágrima de ternura por los seres que amasté en la vida; cuando en las frescas mañanas

de noviembre veas, emocionada, cómo se forman y se van las blancas neblinas que semejan las ilusiones del alma; cuando al medio día, entristecida, veas caer, irse y perderse las secas y amarillentas hojas de los árboles, imagen de las esperanzas que se van para siempre; cuando al aparecer tarde melancólica, de contemplaciones y misterios, vague errante tu mirada en las perspectivas del cielo, y contemple los caprichosos celajes, tan inestables como las dichas de la vida, y camine, y camine tu joven pensamiento, y se abisma sin reposo en la inmensidad de lo infinito; y cuando en las últimas noches de noviembre, despiertes sobresaltada, y oigas en las regiones del viento tristes quejas, lamentos dolorosos, crueles gritos de desesperación, y pidas á tu Dios quietud para tu espíritu, y esperanza y consuelo para los que sufren, para los que lloran; entonces, dulce amiga, *acuérdate de mí!*

DESDE QUE ME CASE. Y ASÍ ME DIJO PROCOPIO. Y ASÍ LE  
DIJE A PROCOPIO

La variedad es la vida. La uniformidad, la monotonía dan la muerte: por esto el sueño, que es su verdadera imagen, lo producen siempre los sonidos monótonos.

Mucho se duerme oyendo los sonidos uniformes del oleaje de la mar, de las corrientes de los ríos, y de las lluvias de invierno. Pero nada cierra tanto nuestros párpados, nada produce tanto adormecimiento en los sentidos, nada nos hace descansar tanto en los brazos de Morfeo, como una conversación monótona, en que no hay ni un solo rasgo de variedad, ni una sola chispa de ingenio; en que faltan movimiento y calor, que son la vida.

Hay ciertos seres privilegiados que tienen el don de dar conversaciones monótonas, *hombres narcóticos y mujeres adormideras*, que pueden buscarse para remedio y descanso; esto es, para dormir, para olvidar!

Pero á veces se duerme dulcemente, y se despierta con sobresalto y amarga pena. Así me dormí y me hizo despertar Crisóloga, mi ex-amiga, la *adormidera* más grande entre todas las adormideras de la tierra.

Este es el caso. Crisóloga se casó mucho tiempo há con el señor Procopio, y quiso verme con motivo de ciertos asuntos pendientes. Como á buena amiga, la recibí con la sonrisa en los labios, cortés y galantemente. Hé aquí nuestro diálogo, que terminó de un modo trágico:

—¿A qué estrella feliz debo el gusto de ver á Ud., Crisóloga?

—No es casualidad, pero *como desde que me casé* suceden tantas casualidades, *y así le digo á Procopio.....*

—Pero, Crisóloga, está Ud. en pie; sírvase tomar asiento, amiga mía.

—*Desde que me casé* casi no me siento; hay tantas vueltas que dar en la casa..... *Así me dice Procopio, niña*, pareces trompo.

—Me es muy grato ver á Ud. robusta y de buen color, con todas las señales de una excelente salud.

—Je! je! Si *desde que me casé* me he puesto gorda y de buen color..... *Así le digo á Procopio*: ¿qué tengo yo que estoy así?

—Si no me equivoco, Ud. desea hablar conmigo, y debe contar con que soy su buen amigo, y que, ahora como antes, estoy á su disposición.

—No lo he visto á Ud. *desde que me casé*, y creía que habria cambiado; *así le dije á Procopio*, cambian tanto los hombres.....

—Y las mujeres..... señora! Pero, ¿en qué puedo ser útil á Ud? Según entiendo desea hablarme de ciertos asuntos.....

—Deseaba hablarle *desde que me casé*; pero *me dijo Procopio*: *nifia, no puedes salir. Así es que desde que me casé le dije también á Procopio*.....

—Señora! Señora!.....

Al pronunciar las últimas palabras me quedé sin acabar de formular mi idea que se desvanecía en mi cerebro; las frases tampoco acudían á mis labios; mi cabeza se inclinaba sobre mi hombro: sentía gran pesantez en todo mi cuerpo, y mis párpados se cerraban. Tenía un sueño invencible. ¡Qué mágico poder el de mi amiga *adormidera!*

A pocos momentos, después de haber percibido, como sonidos vagos y lejanos, un sin número de *Procopios* y *desde que me casé*, perdí la conciencia de mí mismo; y como sé roncar, supongo que regalé el oído finísimo de mi amiga Crisóloga con un excelente concierto de cansado VIVANDERO, con las armonías de uno de esos que vienen de la *Venta*.....

De improviso, un dolor agudísimo en una oreja y un estruendoso ruido de sillas, me hizo despertar: me froté la frente, *despavilé* la vista; y ¿qué vi? A Crisóloga echando fuego por los ojos, furiosa á causa de mi gran descortesía, y que, al dar la *rabiada*—como aquí se dice—había enredado en mi pobre oreja izquierda las enormes *barbas* de su pafiolón de burato, color café.

Qué magnífica estuvo en sus arrebatos de cólera, con sus grandes ojeras formando bellísimo contraste con sus encendidas mejillas, y con sus negros y rasgados ojos que centelleaban, revelando la deshecha tempestad de su alma! Qué bello es contemplar las tempestades del corazón al través de unos hermosos ojos!

Por fin, Crisóloga, siempre magnífica en su coraje, me dijo exaltadísima:

—*Desde que me casé* no he hallado un hombre tan impolítico, tan mal creado como Ud. ¡Dormirse cuando le hablaba! Hacerme tal *desaire!* *Así se lo diré á Procopio*.....

—Señora, cálmese, cálmese. Ud. sabe cuánto la aprecio. No ha dependido de mí: sírvase excusarme, el desvelo, el sueño, la.....

—No, no; su desprecio no admite excusa. *Desde que me casé*..... *se lo diré á Procopio*. Dios mío! Dios mío.....

Y Crisóloga estuvo á punto de desmayarse.

Yo acudí presuroso, como se dice en las novelas, con mi pomito de sales; pero ella cobró nuevos bríos, y me rechazó tan bruscamente, y me dijo *unas cuatro frescas* que me dolieron tanto, que al fin me irrité á mi vez.

—Señora—le dije—puesto que no admite excusas, debo decirle que *desde que se casó*, Ud. está insufrible, inaguantable. Ud. duerme

la pobre gente con su *Procopio*, que no es *Procopio* sino *opio* y mucho *opio*. Adiós, señora.

Sin contestar á mi adiós, y dando su última *rabiada*, salió embellecida, casi sublime por sus arrebatos de cólera. Al verla partir, transfigurada y llorosa, dije como Espronceda:

*¡Hermoso ser para llorar nacido,  
O vivir como autómeta en el mundo!*

ADEL ESTÁ TRISTE, ADEL SE DESPIDE

No más pecar, Señor, aunque por no pecar pierda TODAS MIS COSAS.....

Como escribir mal es, en mis cortas entendederas, pecar mortalmente, no se extrañe que, triste, compungido, y en el tono de una vieja devota que reza la *novena*, empiece á decir á mis lectoras algunas *cositas* de despedida.

Nadie me cierra las columnas, del importante periódico *La Paz*, como dicen en sus *caritas*, aquellos que le mandan remitidos, no siempre muy católicos, apostólicos y romanos: es decir, no siempre buenos.

Pero como el Redactor de *La Paz* se despide, á mí también se me ha metido en la cabeza la idea de despedirme.

Ya sospecho que se pliegan vuestros labios con una *sonrisita fisona*. Pero voy á explicarme para ponerme á salvo de vuestras burlas.

Aunque soy negrito, de pelo *murrus*, de frente deprimida, de pómulos salientes, de ojos saltones, de nariz aplastada, y por añadidura *jetón*—como me decía mi abuela—no obstante estos distintivos que Dios me ha dado, y que San Pedro me los bendiga, no tengo nada de mico, como ciertos micos de dos pies que yo conozco; y con esto está dicho que dejo de escribir mis cosas, no por espiritista de imitación, no por hacer una *mitada* al Redactor de *La Paz*.

Digo lo dicho cargado de razones; pues no conozco ni el nombre del tal Redactor del periódico, que no se da á conocer, sin duda por aquello que dicen, con tanta gracia las salerosas tegucigalpas, cuando tienen sus coloquios íntimos. y no se sienten muy bonitas:—*mujer, no me veas!*

Libreme Dios de ser escritor *anónimo*. No puedo olvidar lo que aprendí en nuestra ilustre y benemérita Universidad; y allí aprendí una reglita del Padre Jaime Balmes, que dice: "*los anónimos merecen poca confianza*," reglita que un estudiante de Catacamas, mi compañero—y entre paréntesis muy parecido á cierto animalito que, según la Biblia, habló al Profeta Balaam—leía tartamudeando de este modo: *los Canónigos merecen poca confianza*. ¡Qué bárbaro! ¡Quién duda, ni por equívocación, de los canónicos miembros del venerable Cabildo Eclesiástico! Qué horrible *lapsus lingue*! El estudiante de Catacamas debiera estar excomulgado; pero no se hizo la miel para el pico del zope: por desgracia no se excomulga á los brutos; ese regalito de la excomunión se hizo, en particular, para los hombres de talento.....

Pero afuera digresiones. Me estoy metiendo en honduras, y en laberintos más intrincados que los de nuestra vieja política hondureña. Vuelvo, pues, á mi objeto.

Me despido, no por imitar, sino porque se me ha metido en la cabeza no decir más cosas; y si á alguien le ocurre preguntar por qué esa cosa se me ha metido, daré la razón de todas las razones: porque me da la gana.

¡Contraste singular! Al darme esa gana, me da también ganita de llorar. Durante más de un mes, por el hilo misterioso del pensamiento, he estado en relación con mis lectoras de Tegucigalpa, tan espirituales, tan benévolas y amables; y las dejo, y no les diré ya más cositas!.....

Y después de tan dulces relaciones espirituales; ¿á dónde voy, lectoras? ¿á dónde voy? Voy á la fragua de mi maestro Pablito, que la gente descortés llama Pablón; y voy á soplar con el fuelle, y á majar el hierro, tieso y parejo, pero allí, lectoras, al calor de la fragua, forjaré muchas cosas, muchas cosas, que Alá permita pueda decir las algún día.

Voy á forjar, voy á forjar, bellas lectoras; y no olvidéis á Adel,

Que anaqué negrito y jetón  
Es gente de distinción.....

¡Estoy tan triste que no sé lo que digo! Qué versos, Dios mío! ¡Qué versos! ¡Acaban en on! Tan agudos! Parecen picos..... No se asemejan ni en el canto de una uña á los melifluos versos del ruiñeñor, mi amigo J. Palma.

Pero otra vez las malaventuradas digresiones. Me ocupo de despedirme, y nada en dos platos; así son los tontos, siempre fuera de quicio! Pero bienaventurados, porque de ellos es el reino de los cielos.

No más divagar: adiós, amabilísimas lectoras. ¡Qué doloroso es despedirse! ¿Comprendéis el fondo de amargura que encierra la palabra adiós? Adiós es la cruel separación; adiós es la triste ausencia; adiós es la soledad del alma; adiós es el último momento de la felicidad que se pierde; adiós es la última lágrima que se evapora al calor de los seres que amamos; y adiós es también el olvido, el negro olvido, que es mil veces más sombrío que la muerte. Adiós otra vez, adiós, queridísimas lectoras!

---

## NOTAS BREVES

---

**Discurso.**—De los discursos que se leyeron el 1º de marzo del corriente año en la reapertura de la Biblioteca Nacional, y que aparecerán en el folleto que tenemos anunciado, nos adelantamos á publicar hoy el del Lic. D. Rómulo E. Durón, por referirse al Dr. D. Ramón Rosa, á cuya memoria está dedicado el presente número de LA REVISTA.